

Crónica Literaria

Por ALONE

LA ABADIA DEL SANTO SILENCIO

Geográficamente no está lejos, apenas diez minutos a pie de la Plaza de Armas, y el cerro sobre el cual se extienden sus construcciones subterráneas, poco le cambia del San Cristóbal: así podría considerarse no extraño el barrio alto, allí detenido por los primeros contramuros de la cordillera.

Pero el que entra al recinto monacal, donde impera la clausura, se siente en otro mundo.

La agitación de la ciudad ha cesado. Nadie corre persiguiendo a nadie, sin saber quién es, ni se siente perseguido por alguien que ignora. Estamos en el reino de la soledad, del orden y del bienaventurado silencio, en una región donde no se habla y sólo se escuchan graves voces de voces que salen del tiempo y fluyen cantos de pájaros entre árboles tranquilos, seguros y libres. El arte y la naturaleza reconocen todos crean una atmósfera de paz, ríspidos, quietos, a inmensa distancia de cualquier apaciguamiento, de toda inquietud; los ruidos rechazados de las calles, dichos que se van sumergiendo bajo tierra.

En la Abadía del Santo Silencio.

Las puertas se abren al peregrino y le ofrecen posada sin preguntar su nombre, sin averiguar sus ideas ni su condición. Adelante espera una sala limpia y justa, únicamente le piden puntualidad en acudir al refectorio y mantenerse serena la lengua.

Las Orden, fundada por San Boito en el siglo IV de Nuestra Era, plantó y estableció en Chile Fray Pedro Suberbiaco, el mozo carista cuyos reales cepos, a un costado de la celera, allí en compañía de algunos hermanos variles, seculares lazos del sol, bajo árboles, entre flores, junto a una fuente, así traudible, como el leonero portuense.

Es el último eslabón de una inmemorial cadena.

Para la Orden Benedictina no a sólo a conocer el tiempo y su arquitectura obedeció a las más recientes enseñanzas. Ningún detalle de ornamentación superficial. Sólidos muros de cal blanca sólo adornada aquí, allí, murallas de color ligeros, cuadros milagrosos, simples o pequeñas imágenes a los evocadores de las Evangelias que resalta sobre la uniformidad de las superficies y las acacias, sirviendo al visitante.

En su recinto el profano puede leer, meditar y no le está prohibido escribir. Ninguna profesión de fe se le exige, sólo a del respetado silencio. Sólo dista de una comunidad que traza la, una y cierta?

Siempre se recibe el huésped en demanda de hospitalidad y perfecta mente en de desistir en el lectura de un escritor que el Santo Oficio habría desaprobado y que, por lo demás, no podría evadirse al índice de libros prohibidos, porque la Iglesia lo suprime.

Abiertos, pues, confiadamente, uno que nunca de apacecer. El estudio por un antiguo sacerdote, ahora maestro de Fundamentos de la Fe y que, condesciende a su conciencia, abandonó las hálitas, aunque no el hábito de examinar. Y el de confesar.

Sus miradas se vuelven siempre hacia el antiguo hogar, no con expresiones de reproche amargo ni quejas por el desengaño, sino para dejar constancia de los hechos, repitiéndolos como cuento.

Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia se protestantiza, se une de Roma y se proclama a Lutero. Los altares se despojan de las reliquias indígenas y los ministros de sus vestiduras. Los libros se dirigen al Señor en latín, sólo en inglés, en francés, en español, en italiano, hasta en el alemán que preminió al heretico.

La Iglesia no se irrita ante esos avances que a algunos paralogizan y los hacen dudar.

Todo eso se arreglará allí arriba. Ciertamente Odo recogerá las páginas y las sápsa distinguirá, apartando, a los libros de los libros, tal vez con mayor torpeza para éstos de lo que supongan los Doctores de la Ley.

Del como le crepimamos del Monasterio y en virtud del mismo espíritu, las enseñanzas se manejan e integran en la vasta armadura del con tanto las corrientes subterráneas que propician otros nombres.

Ahora, a estas las páginas de este libro, que algunas llamarán polémico a brevedad, pueden sentirse verdades de inquietud, ver manifiesto de la soledad. Aquí se aman y giran dentro de una órbita de amor, bus de comprensión y apaciguamiento.

Los pines plantados en vida de Fray Pedro ya están grandes, forman bosque y han aprendido mucha filosofía. El viento que pasa está de acuerdo con la que profieren las voces del viento. Lazo que la comunidad unifica en el templo. Son el amor, patrimonio del conjunto y desde el exterior completan las graves ceremonias desarrolladas bajo distintos techos, entre muros altos, componiendo su música natural y sagrada.

Pero todo eso hoy que viene aquí a beber y vivir.

La eulalia no le permite. Hay demasiadas sombras del tránsito. Un momento de este día el cruce de la esguiza puede originar talibades. Aquí esos momentos empiezan al amanecer, se suceden al mismo son durante el día y solo cesan con el sueño de la noche. El canto gregoriano los mantiene respetados.

Entre las más dulces horas de mi vida — escriba Shade, hace ya más de medio siglo, años 1880 — "Un recordatorio", págs. 100 — cuento aquellas demasiadas breves que he vivido en el acorde universal, en que he comprendido las artes, las ciencias, las letras y las artes, en que he vivido una maravilla de la Humanidad. Necesario es — agrega — para los que viven intensamente y sienten el desengaño de la agitación moderna, retirarse a una soledad, reposar en el silencio de los campos, volver momentáneamente a la vida sencilla y air to que pueden contar las flores del bosque al hombre de timida y esta sabiduría. Es necesario de vez en cuando, huir del bullicio de las grandes ciudades, de la distracción multitud de los que luchan, ambicionan y temen y vivir en algún apartado sitio una sencilla soledad en la que pueda ver abarcado nubes azules, para relacionar así de los cambios todos, de los despojos y de los anhelos. Es necesario exponer alguna vez "el alma" a los dorados rayos del sol de la mañana y a la frescura del cielo nocturno, soñarse eulalia en el rostro de un árbol viejo, sentir el contacto de las verdades permanentes, de las cosas eternas; esperar el alba de los senderos y sorprender la marcha de la borra, casi perdida entre las minúsculas grietas de la tierra. La gota de agua que tiembla en las hojas del arceño se hermana de Sinto, el altivo planeta que brilla en la dorada franja del cielo todo se completa, todo se une y se comunica, visible a in visiblemente, en la Naturaleza. La flor que nace y crece en paz, el ave que entra su canción, la estrella que sigue su curso silencioso y el hombre que obedece a su conciencia, todos están de acuerdo con el Grande, de quien proceden y son todos los seres y en quien han de hallar su reposo: la paz los envuelve y se comunica a quien sabe comprenderlos.

El libro lejano, pero no olvidado, del que copiamos estas palabras, lo creó su autor, a la madre de Fray Pedro con este dedicatoria: — "De hombre inquieto a hombre bienaventurado". De la sombra inquieta a la sombra bien hecha.

Creemos que lo será pronto desde su tumba, a la sombra del alba. "Sicut erat in principio et nunc et semper."

Metatexto de las Benedictinas de Las Condes, enero de 1971.

(1) "Cristianismo, Modernización o Disolución", por Armando González Rodríguez, Editorial Andrés Bello, 1972.

La abadía del santo silencio [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La abadía del santo silencio [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile